

Editorial

ASOCIACION NACIONAL DE COMPOSITORES

El siglo **xx** ha sido testigo del despertar de la actividad composicional en nuestro país; a partir de Soro y Allende, cerca de 100 compositores han compuesto alrededor de 2.000 partituras de música de arte, que han llegado a ser un valioso arcano de cultura y expresión nacional.

De todo este trabajo creativo, mucho se ha perdido por una actitud inadecuada hacia su importancia. No se trata aquí de emitir juicios de valor sobre la calidad del arte nacional chileno, no se trata de decidir con algunas frases simples si el trabajo artístico de nuestro país es bueno, mediocre o malo. Interesa, sí, aceptar con respeto y tolerancia que es a nuestros músicos a quienes les corresponde decidir sobre la expresión musical más adecuada a nuestro ethos cultural.

En los países de la vieja Europa, se rodea de especial importancia a la producción artística porque en último término serán las obras de arte las que darán el retrato más fiel del temperamento nacional y la importancia y categoría de los valores culturales.

Esto es lo que Chile espera de sus compositores: la expresión temporal del fenómeno vivencial que caracteriza a nuestra cultura.

Por la naturaleza de las condiciones bajo las cuales se desarrolla la vida en nuestra sociedad, los compositores chilenos son, en su mayoría, grandes solitarios obligados a compartir la composición con otras actividades, sin preguntar: ¿Quién se ocupará de lo que produce? ¿Quién editará sus obras? ¿Quién incluirá sus composiciones en los programas de los recitales? ¿Quién abordará la tarea de difundir este capítulo fundamental de nuestra cultura nacional a través de la radio y los discos?

De la voluntad de dar a la composición chilena un lugar digno y justo dentro del panorama cultural chileno, han nacido diversas iniciativas tomadas por los propios compositores y con ese fin en vista. Junto a los Festivales de Música Chilena, los recitales de algunos grupos y sociedades fundadas para dar a conocer lo contemporáneo y lo chileno: tales como los grupos "Eufonía" y "Tonus", la "Sociedad de Nueva Música" y otras, reunieron en la década del 40 las inquietudes de muchos compositores y ejecutantes chilenos en la valiosa tarea de dar a conocer la música de Chile.

Sin embargo, la institución que mejor encarna los propósitos de los compositores es la Asociación Nacional de Compositores que tiene ya 33 años de existencia.

En este editorial no tenemos el propósito de extendernos sobre la historia de la Asociación (ANC como se la ha llamado) sino destacar su actual posición y sus proyectos renovadores.

En septiembre de este año asumió una nueva directiva designada en su Asamblea anual: Presidente, Juan Lemann; Secretario, Juan Amenábar; Tesorero, Roberto Escobar; y Directores, su ex Presidente, Celso Garrido-Lecca y el anterior Secretario, Fernando García.

En esta forma se renueva el Directorio y al mismo tiempo se conservan a los dos compositores que, junto al ex Tesorero Pedro Núñez, hoy en Valdivia, llevaron eficazmente el peso de la ANC durante muchos años, editando un disco comercial grabado con obras chilenas, y reproduciendo en su Boletín numerosas partituras.

La nueva directiva ha tomado bajo su responsabilidad la extensión de estas iniciativas y se propone hacer habitual la edición de partituras y de discos.

Esto requiere un enorme esfuerzo y organización que, sin embargo, es alcanzable en la medida que estos propósitos reúnan en la labor común a todos los compositores que con desprendimiento y altura de miras colaboren a la única iniciativa que puede dar a la música chilena una verdadera difusión. La experiencia muestra cuan inútil es esperar que los ejecutantes, de por sí, incluyan lo chileno en sus programas, o que las radios incluyan en sus audiciones las pocas grabaciones de que se dispone.

En un reciente trabajo de catalogación de la música chilena de este siglo, realizado por Roberto Escobar y Renato Yrarrázabal, figuran 1881 partituras chilenas de 78 compositores. Todas ellas existen, pero sólo la mitad ha sido alguna vez ejecutada públicamente.

Hay 115 obras sinfónicas, 172 obras de cámara, 238 obras de teclado, 203 obras vocales, 112 corales y 65 ballets y óperas, que nadie ha escuchado...

No se debe esperar que esta situación se resuelva por la sola vía de los Festivales Bienales de Música Chilena, que no pueden dar cabida a este caudal de música. En los últimos 20 años, los Festivales han dado a conocer 187 obras y aún quedan 805 sin estrenar.

Por esto la ANC se ha propuesto buscar los caminos para que las obras escritas para los auditores chilenos, lleguen a ellos.

La ANC ya ha entrado en conversaciones con la Biblioteca Nacional para organizar una sala de archivo de partituras que centralice, en un lugar seguro, la producción musical chilena; además la Asociación espera que sea posible a los compositores la edición de discos y de partituras en la medida que los múltiples problemas técnicos y financieros puedan ser resueltos.

Ya se han iniciado las conversaciones con casas editoras de discos que puedan ofrecer, a los compositores, condiciones ventajosas para grabar sus obras, actuando la ANC como coordinador e intermediario, pues ya que la propia Asociación es mantenida por sus asociados, no cuenta con recursos financieros para lanzar, por su propia cuenta, discos chilenos.

Según los proyectos de la directiva de la ANC, se trata de facilitar el camino para que cada compositor pueda difundir su propia música, como ya lo han empezado a hacer algunos.

Todos estos propósitos se podrán cumplir en la medida de que los compositores estén dispuestos a colaborar en una tarea de interés común, cuyos frutos no se harán esperar.

Estamos seguros que una vez vencido el círculo vicioso de que la música chilena no se conoce porque no se toca y no se toca porque no se conoce, la producción artística chilena se verá enriquecida con las obras musicales actualmente desconocidas, y por ello postergadas respecto de la importancia concedida a lo pictórico y lo literario.